



LAS HERIDAS DEL HOMBRE Y LA MUJER DE HOY

A la hora de abordar esta cuestión, pensamos un poco qué título poner a esta disertación: "Las heridas del hombre y la mujer de hoy". Y bueno alguno me diría que comenzando por el título he sido un poco negativo ¿no? porque, empezado a hablar de las heridas vamos mal. Hoy en día se habla de comunicación positiva y todas esas cosas; entonces hubiese sido mejor hablar de las cualidades del hombre y de la mujer de nuestro tiempo, que claro que las tienen, claro que hay muchas cualidades positivas, pero a mí me parece que vamos a dejarnos de postureos, y que estamos llamados a superar las falsas dicotomías entre que si lenguaje negativo, lenguaje positivo, porque muchas veces cuando ponemos toda la atención en esa especie de lenguaje correcto resulta que es mucho más propio hoy en día decir, por ejemplo, que tenemos que trabajar por una cultura que valore la vida. Vale, muy bien, estupendo, pero eso no quiere decir que no podamos decir que tenemos que luchar para alcanzar el aborto cero. ¿Por qué no lo puedo decir en negativo? A ver, yo creo que tenemos que utilizar un lenguaje con el que nos entendamos fácil. De hecho, si os fijáis, el lenguaje de la revelación, el que Dios ha utilizado para hablar con nosotros, es muy clarito. Es un lenguaje que utiliza la forma positiva y la negativa y las compagina fácilmente. Fijaros en los mandamientos de la ley de Dios. Tan pronto se te dice: "ama a Dios sobre todas las cosas" como se te dice: "no mates, no robes". Se habla en positivo: "honra a tu padre y a tu madre"; pero también dice: "no mientas". O sea, el Señor ha utilizado una manera muy directa de hablar con nosotros y obviamente ese afirmar las cosas en positivo y en negativo creo que nos ayuda a entendernos. Un lenguaje sin doblez, ¿no? Estoy un poco justificando por qué quiero hablar de las heridas.

Alguien dijo que no llegamos a tener la conciencia plena de nuestros pecados hasta que llegamos a sabernos perdonados. Solo cuando te sabes perdonado es cuando te enteras de lo que has hecho mal. Cuando escuchamos la parábola del hijo pródigo, ¿en qué momento el hijo pródigo se da cuenta de la gravedad de lo que había hecho? Se da cuenta de la gravedad de lo que había hecho cuando recibe el perdón. El momento en que su padre le perdona de esa manera dice: "Madre mía, ¿qué daño he tenido que hacer yo al corazón de mi padre para que tenga esta alegría por mi retorno?". Solo cuando uno ha sido perdonado es cuando se da cuenta de la gravedad de lo que ha hecho. Eso también nos pasa con las heridas: la conciencia plena de nuestras heridas solo la solemos tener cuando empezamos a experimentar la sanación de ellas por la gracia de Cristo. Solo si ya empiezo a experimentar un poco cómo Cristo me sana de mis heridas, me empiezo a enterar de qué heridas tengo. Porque uno puede tener heridas y no enterarse de ello, que es lo peor que puede ocurrir. Y es imposible conocernos a nosotros mismos sino desde la mirada de Cristo; sin su mirada no tendríamos la capacidad de conocernos. Hay una frase de San Bernardo muy potente que la voy a mentar más de una vez en esta charla. Dice: "El desconocimiento de nosotros mismos genera soberbia, pero el desconocimiento de Dios genera desesperación", que es peor todavía. Por eso es muy importante conocernos desde Jesucristo, a la luz de su mirada. Y lo cierto es que no podemos bajar al sótano de nuestra vida solos porque da miedo; además no verías mucho, está muy oscuro, no te enterarías de la mitad de lo que hay en el sótano. Necesitas bajar con Jesús, necesitas

bajar con la luz de su mirada y entonces conoces muchas cosas y no sientes miedo tampoco de tus heridas.

En resumen, vamos a hablar de nuestras heridas, pero no desde una concepción negativa contrapuesta con la positiva, porque igual que cuando hablamos de la pasión de Jesucristo, esa pasión estamos meditando en relación con quien ya está resucitado, también vamos a hablar de nuestras heridas que están siendo también sanadas por Jesucristo. Gracias a Dios, el corazón del hombre no es de quien lo rompe, sino de quien lo repara, y la última palabra no la tienen las heridas que hay en tu corazón; la última palabra la tiene la sanación de Jesucristo. Yo he escuchado a más de una persona decir esto: benditas heridas que me han permitido conocer a Jesucristo. Que uno pueda hacer la lectura de su vida diciendo: "Yo en mi vida he recibido zarpazos muy gordos, pero gracias a esos zarpazos he acudido a conocer a Cristo y le he conocido". Dios se ha servido de esas heridas, porque si yo hubiese sido un feliciano, un happy y todo me hubiese ido bien, posiblemente no hubiese conocido la redención de Jesucristo. Bueno, este es el punto de partida de por qué vamos a hablar de las heridas.

Parto de una imagen de C.S. Lewis que supongo que algunos de vosotros ya conoceréis. A la hora de describir cómo es la cultura cristiana utiliza una imagen que es cómo es este mundo secularizado, esta cultura secularizada europea que ha dado la espalda a sus raíces cristianas, y él la compara como cuando uno va por el mar y va navegando y encuentra los restos de un naufragio. Pues bueno, dice: "Mira, mira, está ahí flotando un timón, está flotando ahí un remo, ahí está flotando un baúl". Son los restos de lo que en un tiempo fue un barco. Ese barco fue esa cosmovisión cristiana que configuró una sociedad, pero hubo una gran tempestad, un rechazo, un dar la espalda a las raíces cristianas, hubo un naufragio, pero gracias a Dios hay muchas cosas que flotan y hay muchos valores cristianos que siguen flotando en medio de esta sociedad que se dice postcristiana, hay muchos valores que tienen sus raíces en el cristianismo, muchos. Lo que pasa es que todos ellos no están conectados, están desconexos y esto también es el motivo porque nos suelen llamar la atención las grandes contradicciones que hay en nuestra cultura. Esto suele ser de chiste muchas veces, las contradicciones de nuestra cultura te hacen a veces reír. Eso que dice Jesús, que colamos un mosquito y tragamos un camello, lo vemos continuamente. Por ejemplo, hay una sensibilidad gracias a Dios muy grande contra la violencia machista, y luego nos parece que la pornografía es la expresión del amor libre. Pero hombre, ¿la pornografía no será la que genere esa utilización de la mujer como un objeto de usar y tirar?, ¿no habrá una relación entre ambas cosas? También está de moda la búsqueda de la medicina natural, todo lo natural, incluso poniendo bajo sospecha las vacunas y cosas por el estilo, y luego nos parece lo más normal asumir el recurso a los anticonceptivos como si fuesen un medicamento para sanarnos de alguna enfermedad, y podemos decir hombre, a ver cómo compaginamos esa sensibilidad ecológica con eso. Hay unas grandes contradicciones. Yo recuerdo, por ejemplo, gracias a Dios hemos pasado la época del terrorismo de ETA, pero yo recuerdo haber vivido en mi juventud cómo en nombre de la ecología, del respeto al valle de Leizarán o de la lucha contra las nucleares, haber visto el terrorismo justificar el asesinato. También recuerdo como algunos ingenieros en la central nuclear de Lemóniz, etc... fueron asesinados en nombre de la ecología. Podríamos mentar montones de contradicciones de esta cultura en la que flotan elementos cristianos, pero falta la estructuración. Por ejemplo, el dogma de la libertad, el sacrosanto dogma de la libertad. Todos somos absolutamente libres pero jamás hemos estado tan sometidos todos a un pensamiento políticamente correcto, jamás ha habido más dificultad de que alguien desafíe. Y os lo digo por experiencia, porque cuando alguien dice algo que verdaderamente se está saliendo del coro, vamos, las resistencias que tiene son tremendas. Al mismo tiempo que hacemos un dogma de la libertad, luego resulta que estamos llenos de contradicciones.

Entonces, bueno, si se dice que nuestra visión es negativa, no es verdad. Es decir, es que el cristianismo es muy resistente; la prueba es que no termina de hundirse: ahí está ese remo flotando, ahí está ese timón que no se va; por mucho que el barco naufragó no termina de hundirse. El cristianismo es muy resistente. El reino de Dios sigue actuando. Por ejemplo, permitidme que os comparta una cosa de las que últimamente me estoy fijando más, porque te fijas en detalles. El tema de la publicidad: los spots publicitarios suelen ser muy interesantes para ver en ellos qué valores son los que inciden en la sociedad. Y está claro que el materialismo no convence, no llena el corazón y entonces los spots publicitarios tienen que buscar otro lugar para entrar en el corazón de los que van a ser sus consumistas, los que van a consumir sus productos. Hace un tiempo para vendernos un producto se nos hablaba de la eficacia del producto, antes y después, o se nos decía que era barato, pero obviamente en este momento así no se vende un producto. Se está buscando recurrir a determinados valores, se está buscando en la propia publicidad entrar en diálogo con el corazón del hombre, abrazar causas sociales. Es curioso, la publicidad hace eso, busca abrazar causas sociales. Tenemos que vernos más, y dice uno bueno, ¿y esto? En los anuncios de IKEA te hacen una campaña en Navidades desconectando los móviles, porque tenemos que convivir en Navidad y desconectamos los móviles, fíjate tú, ¿no? O se hacen becas de emprendimiento. Es decir, está claro que también los propios spots publicitarios han detectado que hay una evolución de escapar del materialismo en los valores sociales. Y dicen los profesionales publicistas que si en los años 80 el valor principal que tocaba el mundo publicitario era el estético, en los 90 era el de la salud; por la década del 2000 era la superación física, en el 2010 la superación mental y ahora en este momento el valor principal que los spots publicitarios exploran para conectar con la sed del corazón del hombre es el del autoconocimiento, la transformación, el encuentro, lo sencillo, el valor de lo familiar. Es curioso; o sea, el materialismo termina por asfixiar: la gente vive en el materialismo, pero su corazón está fuera del materialismo. ¿Y esto qué indica? Pues indica que el corazón del hombre está hecho para Dios, está hecho para él. Lo que decía San Agustín, que solamente cuando nos encontremos con Él vamos a vivir la plenitud. Yo creo que podemos ser optimistas porque el cristianismo encaja con esa vocación natural que tiene el corazón del hombre a la felicidad.

Ahora, hay un peligro, y es que en esa evolución de escaparse del materialismo que he dicho que ocurre dentro de los spots publicitarios, quizás en este momento el gran riesgo, la gran trampa es la nueva era, que se presenta como una alternativa; y del: Cristo sí, iglesia no, estamos pasando a un: espiritualidad sí, religión no. Una vivencia de la espiritualidad con esos rasgos orientalistas en los que propiamente no hay un encuentro con un dios, sino que es un confundir la espiritualidad con un objeto de consumo, de una búsqueda de relajación y de huida del materialismo. Es que quizás en este momento el materialismo no convence a nadie. Y es importante conocer cómo es el corazón del hombre. Dios nos ha dado dos orejas, por algo será, ¿no? Yo creo que una oreja está para ponerla en el corazón de Cristo, como San Juan que reclinó su cabeza en el costado de Cristo, y la otra oreja está para ponerla en el corazón del hombre y percibir sus alegrías, sus tristezas, sus aspiraciones y ver que el mundo necesita, sin duda alguna, de la gracia de Jesucristo.

Vamos a ello, voy a hacer una descripción de las que me parecen las principales heridas. Voy a hablar de cinco heridas que están presentes en el corazón del hombre y de la mujer de nuestro tiempo. Y al mismo tiempo que describo las heridas, describo también cómo es la gracia sanadora de Cristo. Las heridas se traducen en una falta de unidad interior, en la ruptura interior, en estar interiormente dividido, en tener deseos irreconciliables, en percibir dentro de nosotros como un dualismo, una contradicción. Las heridas se suelen traducir en esa experiencia de falta de unidad interior, mientras que la gracia de Cristo es unificadora, unifica nuestra vida. Uno cuando más se acerca a Dios, más sencillas ve las cosas: todo está unificado, todo está unido, todo se funda

en Cristo. Y cuando es el Espíritu Santo el que mueve su vida, la vida cada vez la ve más sencilla. Sin embargo, cuando nos alejamos de Dios, la vida cada vez es más complicada.

Bien, cinco heridas decía. La primera herida es la que hace referencia a la **crisis de identidad**, qué es el hombre. El ser humano es una unidad sustancial de cuerpo y alma. Dios creó al hombre, en esa imagen preciosa del Génesis, creó al hombre del barro de la tierra e insufló su aliento en su nariz. Es una imagen que describe esa dualidad, que no dualismo, dualidad de cuerpo y alma, en la que se nos recuerda que el hombre es un espíritu encarnado y es un cuerpo espiritualizado. Es cuerpo y es alma. Y Dios nos ha creado en una unidad interior, una perfecta unidad. Pero nosotros, por nuestra herida interior, experimentamos una gran división, experimentamos como que el cuerpo y el alma no están integrados, que hay una dualidad dentro de nosotros muy grande y sufrimos muchas veces eso, nos armamos un lío y a veces sentimos nuestro cuerpo como enemigo de nuestra alma, no experimentamos la unidad interior y con mucha frecuencia el hombre tiene la tentación de la alienación: me voy a poner a buscar en el orientalismo una alienación que me haga buscar la paz porque no encuentro esa unidad interior y busco escapar del materialismo, escapar del hedonismo en un refugio alienante. Y sin embargo, fijaros bien, de ahí vienen también todas las teorías de la reencarnación, que en el fondo es no aceptar la propia corporalidad, no terminar de aceptarla y estar pensando en desprenderme de mi cuerpo para buscar una especie de superación de la corporalidad. Bueno, frente a esta tentación del dualismo, la gran noticia del cristianismo es la resurrección de la carne. La gran noticia es que la carne, nuestra corporalidad, está llamada a participar de la resurrección de Jesucristo. Nosotros no creemos únicamente al modo oriental, según esas pautas de tipo orientalista, que son dualistas. No creemos únicamente en la salvación del alma. Cristo ha redimido al hombre entero: nuestra corporalidad está plenamente glorificada en Jesucristo. Luego, para nosotros no hay dualismo que valga. Habrá una dualidad de alma y cuerpo, pero no dualismo, porque el dualismo hace referencia a una no integración interior. En la creación vio Dios que todo era bueno, nuestra corporalidad es buena y está llamada a la resurrección. Esto es importantísimo. Toda esta corriente orientalista que vivimos en este momento, una especie de enajenación, un intento de huir del materialismo sofocante refugiándonos en ese dualismo oriental, y que no ha conocido la gran noticia de la resurrección de la carne. Esa es la primera de las heridas.

La segunda herida es la que hace referencia a la **fundamentación de la propia autoestima**. ¿En qué fundamentamos nuestra propia autoestima? Este es uno de los grandes dramas. La palabra autoestima actualmente está ocupando una parte importantísima de la psicología y de tantos libros de autoayuda que por aquí, por allá se están difundiendo. Fijaros, lo que está claro es que hay una gran dificultad de buscar en qué se funda tal autoestima y paradójicamente nuestra cultura es al mismo tiempo vanidosa y desesperada. ¿Cómo se puede tener al mismo tiempo tentaciones de vanidad y desesperación? A ver, ¿cómo se hace eso? Pues eso ocurre, la misma persona en horas, en momentos distintos o depende de quién esté, peca de presunción, de vanidad o desesperación. Eso es así. En esta cultura somos vanidosos, presuntuosos y luego nos venimos abajo porque está mal fundada nuestra autoestima. Pretendemos fundarla ante los ojos de los demás, ante el reconocimiento de los demás. Ese es el gran problema. Cuando uno intenta fundar su autoestima en el aplauso de los demás, el reconocimiento de los demás, mendigando su afectividad, mendigando su aplauso, eso es un drama, es un desastre. Sin embargo, la gran aportación del cristianismo es la siguiente, hay una gran noticia: yo soy amado por Dios, luego existo, soy amado, luego existo, existo porque he sido amado. Ese “pienso luego existo” de Descartes es terrible porque es intentar explicarte desde ti mismo; eso te encierra en un bucle que no va a ningún lado. Mi ser nace de un amor libre de Dios que me ha creado. Estoy aquí, no por casualidad, no por equivocación. Dios me ha querido, Dios me quiere.

Luego mi autoestima se funda en ello, mi público es Dios, no son los aplausos de los demás, no es el reconocimiento de los demás. Esto es importantísimo. El mundo sin saber en dónde funda su autoestima sufre y es perfectamente manipulable por aquí y por allá. El amor de Dios funda nuestra dignidad, funda nuestra autoestima y eso nos descubre cuál es la vocación que tenemos; tenemos una vocación amar. Hemos nacido del amor de Dios y nuestra vocación es al amor; y la felicidad no es un fin en sí misma, sino que es la consecuencia de haber entregado nuestra vida amando a un ideal que merezca la pena. Hemos nacido para ello y en el olvido de nosotros mismos es como somos felices. Yo tengo la suerte, de vivir con mi madre, que va a cumplir 90 años el mes de mayo; muchas veces la observo y digo: esta es una mujer que pertenece a una generación perfectamente olvidada de sí misma y cuya felicidad ha sido hacer felices a los demás. Yo la he observado desde pequeño en esa percepción de olvido de sí misma maravillosa. Os cuento como anécdota de infancia que yo decía: pero qué suerte tenemos en nuestra familia, ¿no? Tenemos una suerte muy grande porque cuando preparan el pescado al horno, para repartirlo bien y para que llegue para todos como a la ama le gusta la cabeza, pues viene perfecto el reparto, ¿no?. A ella le gusta la cabeza, pues es que es perfecta la cosa, ¿no? Y además luego como cuando se hace el bizcocho al horno como a nuestro padre le gusta la parte quemada, pues es que todo viene genial. Tenemos una suerte maravillosa. Me acuerdo no sé qué fiesta o de quién era el cumpleaños fuimos a un restaurante, yo no sé qué años tendría, era un canijo. Entonces, claro, cuando le dije al camarero que a mi madre le pusiese la cabeza, que le gustaba, vi un poco la cara que pusieron de sorpresa todos y allí me di cuenta de la historia. Dije :”pero a ver, chaval, tú eres un poco tonto, ¿no?”. Me di cuenta de que para mi madre eso era natural, o sea, yo no había percibido como algo que ella hiciese como un acto sobrenatural, como un vencimiento de sí misma. Yo hubiese pensado que eso era así porque no se notaba nada. Eso creo que únicamente puede lograrse cuando uno ha tenido conciencia del amor del que ha nacido y entonces lo proyecta a los demás sin darse cuenta. Su autoestima está fundada en ello.

La tercera herida es la herida que acontece también en la familia. Tenemos una **vocación comunitaria en la familia** y la familia es testigo de lo mejor y de lo peor. Es nuestro oasis, es nuestro salvavidas y también es la casa de los horrores. Todo eso pasa al mismo tiempo en una familia. ¿Tú te das cuenta qué sufrimiento es que yo proyecte lo peor de mí mismo con las personas que más quiero? ¿Acaso esto no le ha pasado alguno que está aquí presente, no sé, en Finlandia o así, en algún sitio, ¿no? ¿Cómo es posible que yo con las personas que más quiero sea con las que le saque lo peor de mí mismo? ¿Cómo es posible eso? Pero, ¿qué drama ese? ¿No? o ¡qué drama es que yo reproduzca las miserias morales que he odiado en los que me han educado!. Yo he odiado un defecto de mi padre yo lo reproduzco. ¿Cómo es posible eso? Pues es así, ¿no? O sea, existe una gran batalla en torno a la familia. Satanás obviamente es consciente de que ella es la fuente de la vida y la tiene como enemiga primera. Y la gran aportación del cristianismo, la gran aportación de la iglesia es predicar la familia como el evangelio de la familia. Esta semana pasada mandaba dos mensajes a redes sociales, cada día una píldorita, sobre lo que es la familia, diciendo que la tarea de los padres consiste en reflejar en sus hijos el rostro de Dios, diciendo, "¡Qué responsabilidad me ha dado Dios en la vocación, en la familia de que yo proyecte el rostro de Dios en mis hijos!". La gran aportación que podemos hacer para la familia es nuestra propia conversión. Dentro de poco vendrá el día de la madre y ¿qué le vamos a regalar? ¿Por qué no le regalo mi conversión? O sea, la mayor aportación que yo pueda hacer a mi esposa, a mi esposo, a mis hijos es la propia conversión. Es la gran batalla la que está aconteciendo en el seno de la familia. Daros cuenta de que la familia es la escuela de la socialización y que cuando no ha existido una experiencia de comunión gozosa en el seno de la familia, eso se proyecta después a la sociedad y vivimos un aislamiento tremendo, no sabemos convivir entre nosotros y muchas veces vivimos cada uno aislado en su burbuja sin saber convivir con los demás porque no ha tenido una experiencia

gozosa de convivencia en el seno de la familia. Y curioseamos el mundo, miramos el mundo como si fuese un juego del gran hermano, curioseamos a los demás y vivimos encerrados en nuestra burbuja. Por eso en la familia hay una gran herida, pero al mismo tiempo en la familia está la gracia de Cristo ofreciéndose para la sanación de las heridas.

La cuarta herida que está también muy presente entre nosotros son **las heridas contra nuestra libertad, contra nuestra templanza, las heridas de las esclavitudes**. En este momento hay muchas esclavitudes que nos tienen atrapados. Recuerdo un chiste de Miguelito, el compañero de Mafalda, que iba andando y entonces ve que hay una lata vacía, la mira, sigue para adelante, pero se arrepiente, vuelve y finalmente le pega una patada a la lata, y dice, "hasta mis debilidades son más fuertes que yo", no he conseguido superar la tentación de pegarle la patada a la lata. Ese chiste de Miguelito hacía referencia a una de las características de nuestra sociedad en la que el materialismo, el hedonismo, nos han ido haciendo fácilmente presa de una debilidad de voluntad, de las adicciones y de muchas esclavitudes. En este momento hay una falta de ejercicio de la templanza, del dominio de nosotros mismos, del señorío. Sí, permitidme decir esta palabra, señorío. Jesús es el Señor y quiere que nosotros tengamos señorío, de que tengamos el dominio también de nuestra voluntad. Y hay muchos fenómenos de adicciones en este momento que nos están atrapando y nos están quitando el señorío, nos están quitando la libertad. Por ejemplo, la pornografía por internet que hace un daño tremendo. Los confesores somos testigos de hasta qué punto la pornografía en internet está siendo un instrumento de generar esclavos, de robarnos la libertad para la que hemos nacido. Y fijaros bien en una cosa, la dictadura más consolidada es aquella en la que los esclavos sienten placer de serlo. Esa sí que es una dictadura bien consolidada, porque mira, si tú tienes a la gente remando en galeras, mientras que remen, hombre, no sentirán placer en remar en galeras, pero es que es posible que se generen esclavitudes en las que los esclavos sientan placer en ser esclavos y entonces no terminen de descubrir que tienen que romper estas cadenas. Bueno, y entonces frente a esta gran herida también de nuestro tiempo tenemos que recurrir a la gracia de Cristo liberadora. Y creo que la Iglesia en este momento está llamada a hacer una gran aportación para la sanación y liberación de tantas esclavitudes a través de la confesión, a través de la dirección espiritual, a través de los centros de orientación familiar, terapias de sanación. Hoy en día los centros de orientación de familiar creo que son casi lo que el Papa decía, ese hospital de campaña que necesitamos. Este es un punto muy importante porque creo que el mundo está lleno, está plagadito de adicciones. Por ejemplo, con la adicción que están generando las tecnologías estamos percibiendo lo que nos viene encima. Esa falta de señorío, de libertad y de dominio sobre nosotros mismos.

Y en quinto lugar, la quinta herida, **la ideologización de estas heridas, de estas adicciones**, que esto es lo que entra en el campo de la ideología de género. ¿Qué es la ideología de género? De alguna manera es convertir las heridas en ideologías. Es como cuando uno respira por sus heridas en vez de respirar por los pulmones; tienes heridas, pero claro, la ideología de género consiste en que tus heridas se convierten en pulmones. Entonces, voy a respirar por mis heridas. Esa es la ideología de género, elevar las heridas a categoría de derechos, es decir, convertir el fracaso en ideología. Es decir, bueno, pues ya que no ya que no tengo templanza, ya que no tengo el dominio de mí mismo, ya que me veo esclavizado, entonces lo convierto en un derecho, voy a rediseñar la antropología, voy a decir que yo en cada momento hago lo que me da la gana. Bueno, cuando alguien dice: "Yo hago lo que me da la gana", es que la gana, la gana, esa señora manda mucho. La gana es una dictadora, te tiene agarrado por el cuello. Tú haces lo que te manda y tú a obedecer. Es que es curioso, la ideología de género en el fondo se ha introducido bajo el engaño de la ideología del deseo. Hago lo que mi deseo me dicta, pero es que mi deseo no es mi voluntad. Confundir deseo con voluntad es una confusión mortal, es la perdición del hombre. Es que mis deseos

coinciden con mi voluntad. Pues no. Por ejemplo, cuando suena el despertador y en tantos otros momentos de la vida, el deseo y la voluntad no coinciden. Y cuando uno pierde esa perspectiva en materia de sensualidad, en materia de afectividad estamos perdidos. Uno puede sentir deseos, pero sabe que su voluntad es distinta. Entonces, curiosamente, en esa visión ridículamente romántica, muchas veces se comenzó diciendo que uno no puede negar sus deseos, tiene que dejarse llevar por su intuición, no puede pretender ser un racionalista, el amor es puramente intuitivo. Tú tienes que dejarte llevar por tus deseos. A ver, esa es una visión absurda, irracional de la afectividad en la que el hombre acaba siendo esclavo de sus deseos, y confunde deseo con voluntad. Por eso repito, la ideología de género en el fondo ha elevado las heridas del hombre a categoría de derechos y ha convertido las heridas en unos pulmones cuando no estamos llamados a respirar por nuestras heridas, sino estamos llamados a respirar desde la razón, desde la revelación obviamente. Pues bien, ¿de qué manera el cristianismo está llamado a desenmascarar esa ideologización de nuestras heridas, esa pretensión de la ideología de género? Pues primero, vamos a ser claros, haciéndonos muy humildes en el conocimiento de la de la verdad. Hay un refrán que dice que si no vives como piensas, acabarás pensando como vives. Claro, esto es lo que ocurre con la ideología de género. Si uno no vive como piensa, acabará justificando ideológicamente lo que tenga que justificar para así dar un marco ideológico a su desorden de vida. Creo que el cristianismo está llamado a decir: "no te engañes"; es decir, es tu propia conversión la que te va a llevar a descubrirte a ti mismo. Dios te ha creado bien, "y vio Dios todo y era bueno"; con lo cual no te avergüences de tu naturaleza, de tu ser creado por Dios, de tu masculinidad, de tu feminidad. No te avergüences de ella y, al mismo tiempo, el cristianismo te dice que existe un pecado original que es distorsionador. Por lo tanto, no pienses que todos los impulsos que pueda tener nuestra naturaleza o que todos los deseos que puedan nacer en un momento son deseos que coincidan con el bien de la naturaleza o con la verdadera voluntad del hombre. Aprende a distinguir entre deseos y voluntad y descubre el respeto a tu propia creaturalidad. Creo que esta es la gran aportación del cristianismo para que las heridas no terminen constituyéndose en derechos y en nuestra ideología predominante.

Bueno, clave de respuesta frente a estas heridas, aunque ya he ido apuntando de una y otra manera distintas respuestas. Cuando uno va por los aeropuertos, que estuve la semana pasada dos días en Roma y haces en Barajas, en Barcelona o donde te toque el cambio de avión para ir a Roma, te metes un ratito si tienes en las librerías y te das cuenta de que están llenas de libros de autoayuda. Algunos serán mejores y muchos son una basurilla. Entonces dice uno, ¿qué hacemos? ¿A quién recurrimos frente a todas estas heridas? A ver, yo creo que hay una cuestión clave. Hay alguien que te quiere ayudar, hay alguien que te está buscando y ese es Dios. El hombre que tiene tantas heridas y al mismo tiempo está venga producir libros de autoayuda, me recuerda mucho a un hombre que está muerto de hambre mientras está sentado sobre la trampilla que cierra la despensa de la bodega. O aquel hombre que está solo, desesperado por su soledad, mientras se apoya en la puerta que es la que le permite comunicarse con las personas que le están esperando fuera. O sea, hay alguien que te está buscando, es Dios el que sale al encuentro del hombre.

La clave para mí de la sanación de nuestras heridas está en la apertura a la revelación. La frontera en este momento entre la creencia y la increencia está en la apertura a la revelación. Así como en los años 60-70 la frontera entre creencia e increencia era la afirmación de la existencia de Dios o todo es materia y no existe nada espiritual, hoy en día no está ahí la frontera entre la creencia y la increencia. Hoy en día tú puedes creer que hay una energía universal y es como si fueses ateo, no pasa nada. La frontera entre la creencia y la increencia está en: ¿Dios ha hablado? ¿hay noticia de Dios? ¿Dios nos ha dicho algo? ¿ha venido en nuestra búsqueda? ¿Hay alguien que me está buscando? Ese es el tema, el tema clave. Creo que la apertura a la revelación es lo definitivo para

abordar el drama del hombre. Cuando negamos a Dios, que es lo que hace la nueva era, se construye un Dios a su medida y se sufre mucho por este camino. Dios ha hablado, nos ha mostrado un camino que es el camino de la Sagrada Escritura, del catecismo, de la vida espiritual intensa.

Repito, y esto lo quiero decir con fuerza, la frontera entre la creencia y la increencia no es abstracta, es existencial. Lo determinante no es creer que Dios existe, sino que yo existo para Dios, que soy su hijo amado e irremplazable para él. Eso es lo determinante, no creer que Dios existe, ahí estará, sino que yo existo para él, que me ha venido a buscar, que me ha trazado un camino, que me da su gracia para sanarme. Eso cambia totalmente la concepción de la vida. En conclusión, a ver, decíamos que la herida se traduce en la fragmentación, en la falta de unidad interior, en estar interiormente dividido, en esa experiencia de dualismo. Pues la revelación de Dios es como la gran sinfonía, la gran cosmovisión, la integración de todo, es el equilibrio de todo. Si C.S. Lewis utilizó la imagen del barco naufragado en el que flotan cosas, pero claro, no están todas ellas conjugadas, nosotros volvemos al arca de Noé, y esa arca de Noé que en medio de esa gran inundación fue la salvación del género humano, es la Iglesia, es la barca de Pedro, en medio de la cual hay una gran sinfonía. Yo he tenido la suerte, que os voy a decir que es de las cosas más hermosas que me han tocado en mi vida, de explicar el Catecismo de la Iglesia Católica en Radio María, de decir, "Venga, puntito por puntito cada día". Y si no hubiese tenido que hacerlo, posiblemente mi lectura del catecismo hubiese sido mucho más superficial, pero claro, tener que explicar punto por punto hace que te fijas mucho más. Y entonces yo he sacado la siguiente conclusión, qué gran sinfonía es la doctrina católica, la revelación católica tiene un gran equilibrio interior, todo está conjugado, todo está unido. Es una gran sinfonía: frente a la fragmentación de eso que flota, hay una gran coherencia entre todos los valores. Y eso creo que es una gran noticia que el mundo necesita escuchar. Eso sí, siendo conscientes de que llevamos un tesoro en vasijas de barro. O sea, yo recibo la revelación de Dios y con eso yo no me siento autosuficiente, no me siento seguro. No, no, yo llevo un tesoro en vasijas de barro. Somos conscientes de nuestra debilidad. Yo le he escuchado al Papa Francisco una expresión que es de las que más me ha tocado en su comunicación y que la repito mucho. Él dice lo siguiente: ¿qué es la fidelidad? Y responde, la fidelidad es la debilidad bien acompañada. La fidelidad no es ser un Superman, un Sandokán, un tío que es super seguro de sí mismo, "Yo lo puedo todo". La fidelidad es la debilidad bien acompañada. Tenemos heridas, pero lo importante es que nos dejemos acompañar. Por cierto, ¿qué estamos haciendo aquí? Yo creo que nos estamos dejando acompañar. Yo creo que hemos venido aquí porque somos conscientes de que nos tenemos que dejar acompañar, de que tengo que dejar que me interpelen y así ver cosas que antes no veía y quizás a partir de una cosa que he visto llevarla a la confesión y ver quién me puede acompañar en ella. No, ¿qué es la fidelidad? La fidelidad es la debilidad bien acompañada. He dicho al principio esa famosa frase de San Bernardo: "el desconocimiento de uno mismo genera soberbia, pero el desconocimiento de Dios genera desesperación". A ver, conocemos a Dios, tenemos esperanza, Él nos quiere, Él nos quiere sanar, pero además también quiere que tengamos un conocimiento de nosotros mismos que nos haga humildes: y entonces la revelación de Dios nos da los medios de sanación para que, en medio de tantas heridas que se están forjando en esta sociedad podamos tener ese acompañamiento de Cristo que nos garantiza que el que comenzó en nosotros la obra buena, Él mismo la llevará a término.